

Palabras de Agustín Castillo en el lanzamiento de su libro *El jardín de las paradojas*

.....

Pero la paradoja no sólo está presente en el cuento, en el chiste y en los textos religiosos. Lo está, y de qué manera, en la poesía. Recordemos a Santa Teresa de Jesús, quien nos dice:
“Vivo sin vivir en mí / y tan alta vida espero / que muero porque no muero.”

.....

Todos ustedes estarán preguntándose ¿qué es *El jardín de las paradojas*? En la tarjeta de invitación que recibieron, la cual muestra en su exterior la carátula del libro, pudieron darse cuenta que se trata de una colección de “cuentos breves”, escritos por un tal Agustín Castillo. Sí, son 75 pequeños gigantes, cuyas extensiones van desde apenas dos renglones, el más corto, hasta cuatro páginas, el más largo. Son cuentos escritos en diferentes épocas, mediante el uso de distintas técnicas y recursos literarios, durante cerca de 20 años a lo largo de los cuales, uno a uno fueron llegando hasta una carpeta en donde, en la oscuridad del tiempo quieto, en el ostracismo de un archivador de madera, se fueron volviendo amigos, tan amigos que terminaron por integrar una familia ahora inseparable.

Pero ustedes también vieron la ilustración, un tanto surrealista, de la tarjeta de invitación. Es un montaje fotográfico donde aparece sobre un desierto entre amarillo y rojizo, al lado de un juego de cubiertos bien dispuestos, un plato en cuyo interior

.....

está servida la comida: un jardín de pasto verde (no se sabe si de plástico), que le sirve de soporte y a la vez de aderezo a unas cuantas flores azules, quizás colocadas a propósito para tomarles una fotografía. Pues esta es una paradoja, una paradoja gráfica que intenta transgredir el orden de aquello que pretende ser lógico, en el marco de esa dialéctica de los humanos, que nos movemos entre la razón y la fe, entre la verdad y la mentira, entre lo cierto y lo absurdo, entre la realidad y los sueños. Dentro de lo paradójico, en una palabra, como que hemos inventado a Dios para que Dios nos explique aquello que nosotros no podemos entender.

“La vida te da sorpresas, sorpresas te da la vida”, canta Rubén Blades. Cuando yo estaba buscando un lugar para realizar este acto de lanzamiento, se me ocurrió preguntarle a un amigo cuál reunía las condiciones de ubicación, espacio y posibilidad de estacionamiento para automóviles él me recomendaba, y me dijo que la casa de Santiago Medina (q.e.p.d.), donde estamos

ahora. Enseguida se me iluminó el bombillo: “sí, ése es el lugar preciso”, me dije. Sin embargo, antes de tomar una decisión definitiva, le pregunté a Janeth Cabezas, mi secretaria, quien sabe más de mí mismo que yo, qué opinaba acerca de que el lanzamiento fuera aquí. Y ella, quien tiene entre otras la virtud de iluminar todas mis dudas para que yo pueda dejar de dudar (cosa que no me es fácil), entre aterrada y perpleja, me dijo: “¿En la casa-cárcel?” Y quién dijo miedo: entonces, la decisión ya estaba tomada, sin que me importara que éste no fuera un sitio con la tradición académica aconsejable para el lanzamiento de un libro.

Bienvenidos, pues, señores y señoras, a esta *casa paradoja*, donde hoy lanzamos *El jardín de las paradojas*. Por favor, cierren los ojos e imaginen cómo fue en esta casa la magnífica fiesta de celebración de la elección del Presidente de la República que se posesionó el 7 de agosto de 1.994. Piensen en la ilusión del poder y en el sinsabor del fracaso. Piensen en lo que significa “ir por lana y salir trasquilado.” Piensen en cómo aquí, encerrado en su propia “jaula de oro”, un hombre que buscó con denuedo el poder terminó sufriendo hasta desbaratarse moralmente, para luego morir, merced a la traición de aquellos que él había creído sus amigos. ¿Han visto ustedes paradoja semejante? Yo creo que —y perdónenme lo prosaico de la comparación— tal vez esa a la que alude la sabiduría popular, la del “pobre Lara, que escupió parriba y le cayó en la cara.”

Pensar en la paradoja que significa la búsqueda del poder para terminar consiguiendo lo contrario, el fracaso, el peor de los fracasos, me lleva a asimilar, por comparación, la situación de Santiago Medina —quien no era un intelectual, sino un comerciante prestado a la política— con la muy conocida de Oscar Wilde —el famoso escri-

tor irlandés de la Inglaterra victoriana— que es todavía más paradójica si se quiere, como que éste era considerado el “Rey de la paradoja”, pues no sólo utilizaba tal figura en sus escritos sino en la vida diaria, según nos dice André Gide en su libro semblanza de Wilde, de quien afirma que era mejor conversador que escritor. Sí, Wilde usaba la paradoja para burlarse de todo, para cuestionarlo todo, hasta el punto de que su vida fue en sí misma una tremenda e irremediable paradoja. Y aquí considero que es importante señalar dos clases de paradojas: las que ocurren en la realidad y las que creamos nosotros gracias a la imaginación. Las del primer orden corresponden a la vida (que “nos da sorpresas”) y las del segundo, al arte, que nos proporciona la posibilidad de entender la vida más allá de lo que la misma vida significa, mediante el ingenio.

Porque hablar de la paradoja nos lleva casi automáticamente a asociar esta figura con Wilde, en el *Jardín de las paradojas* aparecen, como epígrafe, un par de las tuyas, que no les voy a leer ahora porque prefiero que ustedes mismos lo hagan. No obstante, y anticipándoles mis disculpas a los cristianos y a los católicos, no puedo abstenerme de referirles hoy una de las más simpáticas paradojas wildeanas, la cual nos relata André Gide en el ya mencionado libro.

Wilde se me acercó una vez en la casa de Heredia. “¿Quiere que le diga un secreto?” El salón estaba lleno de gente y me llevó aparte. “Un secreto... Pero prométame que no se lo cuenta a nadie... ¿Sabe por qué Cristo no amó a su madre?” Esto último me lo dijo al oído, en voz baja y como con vergüenza. Hizo una pausa corta, se aferró a mi brazo, reculó y, luego, soltando una carcajada, añadió con brusquedad. “¡Porque era virgen!”

Desde luego mi intención no es la de molestar a nadie en sus creencias. He

transcrito esta paradoja para adentrarme en dos temas que considero importantes: la diferencia entre el cuento y el chiste, y el carácter dogmático de la paradoja religiosa.

Existe una muy sutil diferencia entre el cuento y chiste. Tanto el uno como el otro pueden ser breves y pueden ser escritos u orales. La mencionada paradoja de Wilde no es un cuento. Es un chiste, porque el chiste hace reír. Lo cual no significa que el chiste sea de menor jerarquía que el cuento. El cuento apunta a permitir una metalectura del hecho narrado, que no necesariamente debe ser necesariamente un

nacido de una mujer sea Dios; ni que el Mar Rojo se abra para darle paso al pueblo judío merced a la varita mágica de Moisés; ni que tres personas distintas sean una y que esa persona sea Dios; ni que el Papa sea infalible. Lo que hace Wilde en su chiste es mostrar la antinomia lógica de la virginidad de la Madre de Jesucristo, para con base en tal contradicción provocar la sorpresa y la risa de su interlocutor. La religión se basa en paradojas, que convierte en mitos, que a su turno convierte en dogmas de fe, para sobre esas bases construir su doctrina. En este orden de ideas podemos afirmar que

.....

En mi caso los textos se escriben solos: yo apenas les presto la mano para que puedan venir a este maravilloso *Jardín de las paradojas*, que es la vida.

.....

hecho paradójico. Yo diría que el cuento trata de profundizar en serio en la vida, en tanto que el chiste trata de reírse de la vida. Por esto el chiste suele usar la paradoja, esa mágica figura en la que vivimos inmersos casi siempre sin darnos cuenta. *El jardín de las paradojas* es un libro de cuentos breves, no de chistes. Que esto quede claro.

El chiste wildeano que nos refiere André Gide, en tanto toca el tema de la Virgen María, me permite hablar acerca de la paradoja en los textos bíblicos y en las religiones. La paradoja nos muestra una contradicción lógica. No es normal, desde el punto de vista lógico, que una mujer que haya parido a un hijo sea virgen; ni que una virgen pueda concebir a un hijo sin el concurso de un varón (así sea mediante un encuentro de probeta); ni que un hombre

existen paradojas religiosas, basadas en el dogma, y paradojas profanas, en las cuales no se necesita creer, aunque las veamos en el cine, como cuando vemos volar a Superman, o a otros superhéroes atravesar paredes.

Pero la paradoja no sólo está presente en el cuento, en el chiste y en los textos religiosos. Lo está, y de qué manera, en la poesía. Recordemos a Santa Teresa de Jesús, quien nos dice: “Vivo sin vivir en mí / y tan alta vida espero / que muero porque no muero.”

A estas alturas del discurso habrá ya alguno de ustedes que se haya preguntado cómo llega ese tal Agustín Castillo a la paradoja. ¿Mediante la imitación de Wilde? Por fortuna, no. ¡Dios me libre de tanto honor! Creo que no se puede llegar a la

paradoja con solo proponérselo, como gestan sus ideas los arquitectos cuando están diseñando un proyecto o los publicistas cuando están ensamblando una campaña. La paradoja, y el cuento, y la poesía, brotan desde adentro, pero sólo brotan por generación espontánea en las mentes paradójicas; en las mentes de aquellas personas que miran la vida al revés y al derecho; en las mentes de las personas que no temen equivocarse, que no temen llegar hasta el borde de la locura. En mi caso los textos se escriben solos: yo apenas les presto la mano para que puedan venir a este maravilloso *Jardín de las paradojas*, que es la vida.

Bogotá, D. C., 27 de agosto de 2003 **bU**



UNIVERSIDAD CENTRAL
Departamento de Humanidades y Letras

Diplomados 2004

- **Taller de Escritores:
Creación Narrativa** 142 horas
- **Documental Audiovisual** 104 horas
- **Antropología Ambiental** 142 horas

MAYORES INFORMES

Telefax: 3423790 Conmutador: 3239868 Ext. 286
e-mail: humanidades@ucentral.edu.co